

sacar de ella títulos y coronas, mas nadie pensaba en defenderla. Abrióse por fin el concilio con solemnidad el 11 de agosto de 878, y expresó su pesar por el modo con que Carloman y su lugarteniente Lamberto habian tratado á Juan VIII. Se formularon sabios reglamentos para defender la independencia de los obispos contra los atentados del poder civil. Todo era bueno; pero eran necesarias otras medidas para arrojar á los Sarracenos y contener la insolencia de los señores. Juan VIII lo conocia muy bien, y así decia: « Yo os suplico, príncipes, » que armeis vuestros vasallos por la defensa de la Santa Sede » y de toda la Italia. » Sus instancias fueron inútiles; y el papa, desconfiado y triste, pasó los Alpes y se volvió á Roma.

6. Convencido ya de que nada tenia que esperar de los reyes de Occidente, fijó sus miradas en el Oriente, donde Basilio el Macedonio habia echado á los Sarracenos del Ponto, Asia menor, Armenia, Capadocia y Mesopotamia: los persiguió hasta el otro lado del Eufrates, á donde no habian ido las águilas romanas desde el tiempo de Heraclio. El papa creyó que este seria el héroe destinado por la Providencia para libertar á la Italia y ser baluarte de la cristiandad en el Occidente. Le envió pues dos legados con esta noble mision; pero las cosas habian cambiado mucho en Constantinopla despues del octavo concilio general. Focio no era ya el cismático depuesto por los Padres y proscrito por el emperador, obligado á huir el cuerpo como objeto del menosprecio é indignacion pública. Admitido ya á la intimidad del monarca, habitaba en el palacio imperial, habia vuelto á tomar los hábitos pontificales y gozaba de favor sin límites en la corte. Esta metamórfosis fué efecto de una mañosa impostura de este talento perverso. Basilio el Macedonio, salido de una humilde familia de Andrinópolis, como todos los hombres de fortuna, tenia la manía de la nobleza, y Focio supo sacar inmenso partido de esta mezquina vanidad. En el fondo de su retiro escribió con letras alejandrinas en un viejo pergamino, que trató de cubrir con vitela carcomida de gusanos, una genealogia que hacia descender la familia de Basilio nada menos que del rey Tiridates, tan famoso en la

Armenia. Un íntimo amigo del intruso, Teófanos, notario de la corte, se encargó de poner el polvoriento manuscrito en la biblioteca imperial. Luego se lo presentó á Basilio como el mas precioso monumento de bibliografía. « Por desgracia, » decia él, sus letras nos son desconocidas, y solo hay un » hombre en todo el Oriente capaz de descifrarlas. — Y » quién es este hombre? — Focio. » Fué pues llamado Focio, leyó el libro que nadie podia conocer mejor que él, y dijo que no podia revelar su sentido sino al emperador mismo, porque contenia secretos importantes. Basilio cayó en el lazo, y concluyó así el destierro de Focio. El diestro sobornador, dueño del oido del amo imperial, le gobernó como quiso, desde 878. Habiendo ocurrido la muerte de san Ignacio en este entretanto, se le permitió volver á subir al trono patriarcal de Constantinopla. Cuando llegaron á esta los legados del papa, Paulo y Eugenio, fueron de tal modo seducidos, que cediendo á todo, se atrevieron hasta decir que llevaban mision de restablecer á Focio en su antigua dignidad. Los obispos de Oriente, temiendo á un hombre que acababa de dar tan extraordinarias pruebas de habilidad, no osaron oponerse á su rehabilitacion, y el artificioso intrigante vió coronadas del mayor éxito sus mañas y arterias.

7. Llegaron á Roma embajadores griegos portadores de cartas del emperador á Juan VIII, instándole reconociese el nombramiento de Focio, y á este precio solamente prometia Basilio su asistencia. Estas noticias pusieron al papa en la mas cruel perplejidad. El estado de Italia, cada dia mas alarmante, pedia urgentes recursos; solo Basilio los podia suministrar: por otro lado el restablecimiento de Focio, depuesto por un concilio general, y en todo caso vehementemente sospechoso de afecto al cisma, presentaba sérias dificultades. En tan críticas coyunturas, Juan VIII tomó consejo de la necesidad: y la medida que adoptó estaba imperiosamente mandada por las circunstancias y por razones políticas de alta gravedad. « Nos pedís, respondió en fin al emperador, que ensanchando » las entrañas de nuestra misericordia confirmemos por auto-

» ridad apostólica el restablecimiento de Focio en los honores
 » y dignidad del patriarcado. Por conformarnos con vuestras
 » súplicas y por poner término á la division y escándalo de la
 » Iglesia, tanto tiempo há perturbada, y en fin por ceder á
 » circunstancias imperiosas, consentimos en el perdon de Focio
 » y en su restablecimiento. Lo hacemos sin perjuicio de los
 » estatutos apostólicos, sin anular las reglas de los santos
 » Padres, y únicamente segun el principio de que hay oca-
 » siones en que es necesario ceder á la necesidad y obrar
 » contra las tradiciones ordinarias de la Iglesia. Y así nosotros
 » absolvemos á Focio de las censuras eclesiásticas pronuncia-
 » das contra él; permitimos que vuelva á tomar posesion de la
 » silla patriarcal, en virtud de la suprema autoridad que nos
 » ha sido otorgada en la persona del príncipe de los Apóstoles
 » por Cristo nuestro Señor, cuando dijo á Pedro : *Yo te daré*
 » *las llaves del reino de los cielos. Cuanto ligares en la tierra,*
 » *ligado quedará en el cielo; y cuanto desatares en la tierra,*
 » *desatado será en el cielo.* Sin embargo ponemos cuatro con-
 » diciones á nuestro consentimiento : 1.º que á la muerte de
 » Focio no se elegirá un lego para llenar su puesto ; 2.º que
 » el patriarca no pretenderá en adelante tener derechos sobre
 » la provincia búlgara ; 3.º que los obispos y clérigos ordena-
 » dos por Ignacio serán mantenidos en sus sillas, y no se tra-
 » tará de inquietarlos ; 4.º que Focio juntará un concilio para
 » desaprobar públicamente su pasada conducta. »

8. Esta última cláusula era sobre todo sensible á Focio, y hubiera costado sobrado á su orgullo. Para esquivar su ejecucion recurrió á una infidencia que le era muy familiar. Él se encargó de traducir las cartas latinas del papa. En su traduccion omitió de propósito las reservas pontificales concernientes á la confesion de sus faltas, al desistimiento de las pretensiones de la silla patriarcal á la Bulgaria y la circunstancia de la necesidad del tiempo que obligaba á mitigarse los rigores de la disciplina. Al contrario, hacia él decir al papa que el concilio general de 869 habia cometido una injusticia deponiendo á Focio, y que todos sus actos eran nulos. Estas

blasfemias fueron leidas como propias expresiones de Juan VIII en un conciliábulo que el intruso presidió en persona, sin ni aun permitir este honor á los legados del papa, aun estantes en Constantinopla. Los culpables legados no quisieron ni quejarse de este oprobio, ni protestar contra el indigno lenguaje que se prestaba al vicario de Cristo, de quien eran representantes. Y aun fueron tan desleales á su mision, que por sus propias manos revistieron á Focio de sus ornamentos patriarcales en la ceremonia de su rehabilitacion. Y consumada esta obra de intrigas y bajezas, volvieron á Roma y dijeron al papa que se hallaba en fin restablecida y consolidada para siempre jámas la paz en Constantinopla.

9. Pero mientras su viaje, Juan VIII supo todo cuanto pasaba, y en presencia del clero y pueblo romano convocado en la iglesia de San Pedro, tomando el libro de los Evangelios subió al púlpito y renovó contra Focio todos los anatemas que contra él se habian ya fulminado por los papas Nicolás I, Adriano II y el octavo concilio ecuménico. Fulminó además sentencia de excomunion contra los legados prevaricadores. Inmediatamente fué enviado á Constantinopla el diácono Marino, uno de los que habian presidido en 869 al concilio general, para notificar esta sentencia al emperador Basilio y al patriarca intruso. Marino se portó dignamente. A despecho del emperador y de Focio se presentó en Santa Sofia, y en nombre del papa declaró nulo cuanto se habia hecho en favor del intruso patriarca. Encarcelado en un calabozo por orden de Basilio, logró fugarse y volvió á Roma despues de haber cumplido dignamente su mision con peligro de su vida.

10. Así se iban defraudando una tras otra las esperanzas concebidas por el papa por la libertad de la Italia. Se le cerró el Oriente, y se quedó sordo el Occidente. Juan VIII no se desalentó, su actividad redoblaba los esfuerzos; y es un espectáculo admirable la lucha continua de un valeroso pontífice contra la indiferencia ó mala voluntad de su siglo. En 880 escribió á Carlos III el Gordo, hermano del emperador Carloman y rey de Germania, diciéndole : « Estamos igualmente

» expuestos á los insultos de los Sarracenos y á la rebeldía de
 » los cristianos. Dejan los moradores del campo sus tierras
 » sin cultivar, y no puede ejercerse con libertad el ministerio
 » eclesiástico. Si no venís pronto á Roma para socorrer la
 » Santa Sede, responderéis ante Dios de la pérdida de Italia.»
 Carlos el Gordo no hubiera hecho gran caso de esta súplica,
 pero la muerte de su hermano Carloman en 881 dejó el imperio
 vacante, é inmediatamente se fué á Roma á tomar la corona de
 emperador de manos del papa. Quería sí recibir, pero no tomar
 á su cargo el peso del reconocimiento. En vano le hizo jurar el
 pontífice en la ceremonia de la consagración que emplearía la
 espada que le ponía en sus manos para defender la Iglesia y la
 independencia de la Santa Sede: porque olvidó el emperador su
 juramento desde el momento en que cogió sus frutos. Redobló
 sus instancias el desventurado y santo pontífice, pero murió el
 15 de diciembre del año 882, sin haber podido conseguir el
 objeto que se propuso durante sus diez años de gobierno: la
 libertad de la Italia. La historia que juzga de los esfuerzos,
 no del resultado, elogia sobremanera tanta grandeza de alma
 y tanta firmeza de carácter. Para asegurar al menos la
 libertad de Roma contra los Sarracenos, compró la paz de
 estos infieles empeñándose á pagar cada año veinticinco mil
 marcos de plata.

§ II. PONTIFICADO DE MARINO I (23 de diciembre de 882-23 de febrero de 884).

11. El intrépido legado, dice un analista, « que acababa
 » de cubrir su nombre de gloria inmortal en las cárceles de
 » Constantinopla, y en los grillos y calabozos de Basilio el
 » Macedonio, » Marino I estaba señalado de antemano por el
 aprecio universal como sucesor de Juan VIII. Se le elevó al
 trono pontifical el 23 de diciembre. En vano protestaron contra
 su ordenación el emperador griego y el intruso patriarca: Marino
 I respondió á sus apasionadas recriminaciones renovando
 contra Focio la sentencia de excomunión. Al mismo tiempo
 expidió un decreto para que en lo porvenir no se esperasen

las órdenes de los emperadores de Occidente para la elección
 de los papas. La autoridad de los príncipes de la familia carlo-
 vingiana, debilitada por su incapacidad personal y sus intestinas
 luchas en la Germania y las Galias, estaba enteramente
 perdida en Italia, donde ni podía hacerse temer ni ejercer el
 protectorado. Las vigorosas medidas y firmeza apostólica de
 Marino I daban á la Iglesia las mas halagüeñas esperanzas:
 desgraciadamente duró muy poco su pontificado, pues que
 murió el 23 de febrero de 884.

12. Algunos meses antes habia recibido los diputados de
 Alfredo I el Grande, rey de Inglaterra, encargados de traer al
 sepulcro de los Apóstoles ricas ofrendas en agradecimiento de
 sus victorias contra los Normandos. Y en efecto, Alfredo no
 podia atribuir la prosperidad de que contra toda esperanza go-
 zaba en las tierras sometidas á su dominio, sino al brazo del
 Todopoderoso. Habian sido, como las vecinas comarcas, teatro
 de las tropelías de los Normandos y Dinamarqueses. Se habian
 apoderado estos bárbaros de todos sus Estados, y se habia
 visto obligado á esconderse con su familia en las espesuras de
 los bosques rodeados de terrenos pantanosos inaccesibles.
 Durante seis meses los augustos cautivos solo tuvieron por
 asilo la cabaña de un pobre pastor y por alimento la pesca en
 los estanques. Pero habiéndolos helado el frío del invierno,
 quedaron privados de su último recurso. En cierto día, un
 pobre mendigo llama á la puerta de la cabaña y pide limosna.
 « ¿Qué tienes que darle? dijo Alfredo á la reina. — ¡ Ah!
 » solo nos queda un pan! — Bendito sea Dios! dijo el rey. El
 » que con cinco panes supo mantener cinco mil hombres,
 » puede bien hacer que nos baste la mitad de un pan; dá pues
 » la otra mitad al pobre. » Tal caridad no quedó sin recom-
 pensa, y Dios le restituyó un trono perdido, por un pedazo de
 pan dado en su nombre. Poco tiempo despues supo Alfredo
 que á pesar del estado desesperado de sus negocios, algunos
 Ingleses habian hecho un esfuerzo supremo. El jefe dinamar-
 qués Hubbar, autor del martirio de san Edmundo, acababa de
 ser muerto en una batalla sangrienta. El rey saliendo de sus